

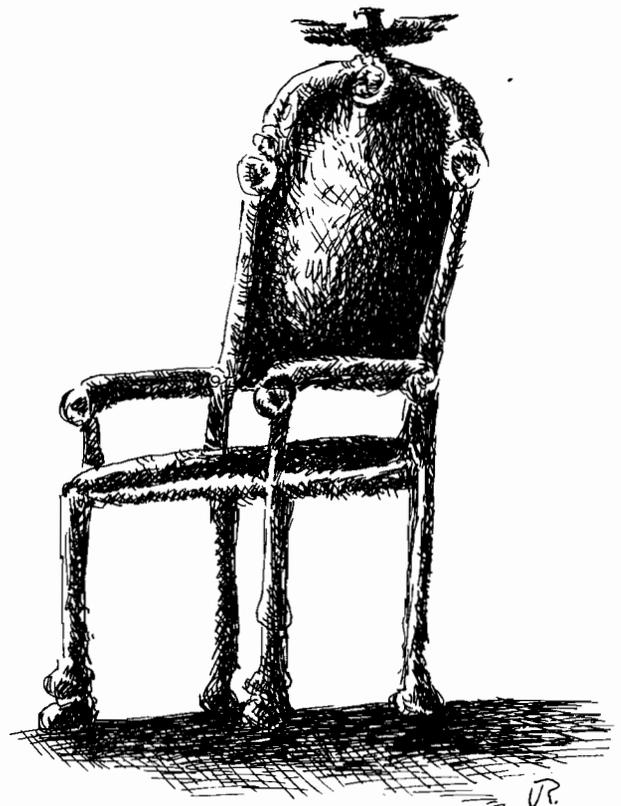
S. L. P.: Un Ejemplo de Participación

Dip. Francisco Arroyo Vieyra

Secretario de la Comisión del Instituto de Investigaciones Legislativas de la H. Cámara de Diputados

La turbulenta historia política de San Luis Potosí que ha ofrendado a esta entidad, entre otras cosas, una serie de gobernadores electos e interinos, llega en esta ocasión al punto que parece —resultado electoral de por medio— dar paso a un período en que la comunidad potosina recupere la estabilidad que le permita avanzar su desarrollo. Las cifras de los sufragios hoy conocidos sorprenden a una opinión pública conmocionada por las crónicas cotidianas de los avances de la democracia. Propios y extraños reflexionan respecto a causas y motivos de la elección de un gobernante salido del mismo partido que los anteriores. La noticia “lógica” hubiera sido la contraria. Una mujer de edad que derrotaría al sistema y gobernaría como quinceañera.

La comunidad intelectual y las clases medias con cierta ilustración han sido espléndidas promotoras de la idea de algunos órganos de comunicación de que la democracia se constituye violentando las formas y cambiando los métodos, las actitudes y las vías. Quizá han sido las reiteradas oportunidades perdidas antaño por los regímenes oficiales, las que han viabilizado la demanda ciudadana de cambio por otros conductos partidistas. Seguramente la tardía metamorfosis en los métodos y en las formas de socialización de los gobernantes en turno provocaron una



reacción que creció de tal suerte que los defectos del sistema se magnificaron en una capa social ante las virtudes que ofrendaron muchos años de paz y libertad.

La sociedad ha buscado diversas formas de participación política. En ocasiones ha respaldado insurrecciones cívicas a favor de los cambios. Prueba trincheras y no se decide finalmente a encasillarse formalmente con ninguna fuerza electoral. Acaso vuelve a sus orígenes y responde a la voluntad de cambio del presente régimen federal. La volatilidad de la simpatía electoral es, pues, garantía social de apoyo o rechazo a la conducción de alguna fuerza.

San Luis merece una y mil discusiones. Las ha protagonizado privada y públicamente durante los últimos años. Desde los cacicazgos ancestrales y anecdóticos —moral en política es un árbol que da moras, decía Gonzalo Santos— hasta el serpiente constitucional que ha llevado y quitado a los hombres del poder. Los potosinos han sido protagonistas de batallas—en edición reciente se detalla la última de Salvador Nava— y no siempre ha sido su voluntad la que los ha llevado a las primeras planas de la prensa nacional e internacional. La presencia del Dr. Nava como moderno apóstol de la democracia y de la sociedad civil, los envolvió en un torbellino que más allá de las decisiones de gobierno local proyectó su situación en conflicto nodal de la democracia en México.

De ahí que pariera la idea de intentar en San Luis Potosí las formas jurídicas y políticas que hicieran posible la participación ciudadana en comicios inobjetables que le dieran al estado un gobierno sólido promotor de la estabilidad.

En primer término se legisló una nueva normatividad electoral que

sustrajera el órgano comicial de la estructura del gobierno local. Consejeros ciudadanos apartidistas —la neutralidad se vuelve parte de la axiología contemporánea— se dieron a la no fácil tarea de organizar el prístino proceso del sufragio. En tanto que reconocido panista encabezó la plena auditoría al padrón con resultados halagadores para todos. No hubo ni se previó la operación Tamal-Zacahuil, que empañara la libre expresión de la voluntad popular. Qué decir de la ausencia del “Carrusel”, el “Ratón loco”, el “Taqueo” y otras excentricidades con las que los más conspicuos observadores tratan de evadir un veredicto popular.

La oposición de los cincuenta —salvo contadas excepciones que confirman mi dicho— respondía a un gobierno de las mismas épocas. Intentos sistemáticos y hasta idólicos que no llegaron más que a la ternura en el caso de la derecha y de la censura en la izquierda. Las contadas excepciones se darían señaladamente en dos vertientes, las “ultras” con violencia y las que llegaron a gobernar localmente con la fuerza indiscutible de su presencia; el gobierno, por su parte, tenía claro que había que continuar un proceso de instituciones revolucionarias que generaron activos fijos muy importantes para la sociedad y que propiciaron una clase media que más tarde —hoy— se encargaría de denunciar abusos o errores muy costosos para el sistema.

En este contexto se genera un proceso extraordinario en el que Horacio Sánchez Unzueta logra más del 60% de la votación a su favor. La noticia es, en principio, que no hubo noticia, o bien la noticia fue la sorpresiva permanencia del sistema. En tanto la oposición reflexiona el costo del hartazgo que provoca un excesivo protagonismo que genera, entre otras cosas, la ingobernabilidad.